

# VIVENCIAS EN LA ÚLTIMA INUNDACIÓN DE LA HUERTA

---

Seudónimo del autor: Tifón

I

Sucedió hace ya muchos, muchos años. Fue una tarde de otoño, gris y apagada. Amenazantes y negros nubarrones anunciaban ya tormentas de riada, ensombreciendo los anchos horizontes de la huerta de mi pueblo, aunque quizás no tanto como los corazones de sus huertanos.

Era el mes de noviembre de un año perdido en la lejanía de los tiempos pasados.

Solía ocurrir en la huerta de mi pueblo, sedimento de milenarias riadas, que un río de escaso caudal el resto del año, desbordaba su cauce, anegando las tierras de ribera con las lluvias otoñales, desaguadas en su cauce a través de ramblas, riachos, afluentes y de más familia de la cuenca.

Aquella tarde paseaba calle mayor abajo en mi pueblo. Corría una leve y fresca brisa otoñal, que como adviento de la llegada del frío, presagiaban el ya próximo



Riada del 21 al 23 de octubre de 1948.

invierno. Era consciente que los días anteriores el cielo había descargado grandes trombas de agua sobre algunas de las zonas más críticas y propicias a alertar a los Servicios de Protección Civil.

Despreocupado y tranquilo observaba a la gente andar calle Mayor arriba, calle Mayor abajo.

A la altura del jardín, empezó a notar un ambiente un tanto movido. Algunas vecinas, reunidas en improvisadas tertulias hablaban y hablaban animadamente y con cierto nerviosismo. Los ancianos que con frecuencia solían sentarse largos ratos en este jardín, se reunían en corrillos sin dejar de hacer aspavientos con sus brazos y sus rostros. A la altura ya de la parada del autobús, lograba escuchar entre susurros, y ¡ayes! exclamativos a unas vecinas de cierta edad:

- «¡Pues sabes, María, que dice la "radio" que desde la capital hacía abajo,

*hacia la huerta Este y de ahí, hasta la Vega Baja, hay más de 50.000 personas aisladas por los desbordamientos del río, y toda la huerta en esas zonas se encuentra anegada por las aguas del río!».*

Decía la más joven de ellas alarmada, y alarmando.

- «¡Pues, escucha, escucha, que eso no es todo. También han dicho que necesitan voluntarios para colaborar por esa zona de la huerta, allí la mota ha roto por varios puntos!».

Terciaba la tal María, dejando a todas sus amigas en un silencio contagioso. Silencia que aprovechó un viejo de blancos cabellos, que sentado en la parada, esperaba la llegada del 33:

- ¡Estos del Ayuntamiento solo saben prometer,... prometer y prometer, pero el río se sigue rompiendo e inundando la huerta!».

Sentenciaba el anciano mientras subía al 33 camino a su destino, en el barrio de abajo del pueblo, donde otros otoños, las riadas habían roto muchas veces.

Seguía paseando calle mayor abajo, menos tranquilo ya, pero pensando que lo que acababa de oír a mis vecinas en la parada del autobús, no iba del todo conmigo. Al pasar junto al escaparate de la librería más concurrida de mi pueblo, la de la Sra. Mari, licenciada en letras ella, la casualidad hizo que fijara mi atención en una esquina del escaparate, en donde desplegado aparecía mi autor preferido, el argentino Borges. Me vinieron repentinamente sus ideas expresadas en diversos escritos, y que yo había leído con ilusión en otro tiempo:

*«El poder de la mente humana no estriba solo en hacer visible el pensamiento y patente el sentimiento, el verdadero valor de la mente viene dado por su poder para que éste pensamiento o sentimiento sea realizado, ejecutado, materializado».*

A partir de esta visión del escaparate de la librería de la Sra. Mari, en mi mente y en mi corazón empezaron a llegar imágenes de toda aquella pobre gente de la Huerta Este que estaba viviendo la cruda experiencia de ver gravemente en peligro sus ilusiones, sus cosechas, plantaciones, casas, e incluso en algunos casos, hasta sus propias vidas. Con estos pensamientos, un cierto sentimiento de culpabilidad empezó a aparecer en mí, que hasta ese momento paseaba con cierta tranquilidad por la calle mayor de mi pueblo. Empecé a sentirme molesto e inquieto al mismo tiempo.

Llegaba a mi casa unos minutos más tarde. Mi primer impulso ya en mi habitación fue poner la radio:

«¡LA SITUACIÓN EN LA "HUERTA ESTE" ES CRÍTICA Y TODAVÍA SE ESPERA UNA NUEVA SUBIDA DEL RÍO PARA LA MEDIANOCHE!». «¡ME PASAN EN ESTE MISMO MOMENTO UNA NOTA DE AGENCIA EN LA QUE NOS COMUNICAN QUE LA MOTA HA ROTO EN VARIOS PUNTOS EN LAS DOS MÁRGENES EN LA HUERTA ESTE!».

Apagué la radio. El temor y la incertidumbre me llenó por completo en la soledad de mi habitación. Echado en la cama, las imágenes sobre lo que en ese momento debían estar viviendo aquellas gentes de la Huerta Este, como fantasmas de cuento, se apoderaron de mí. Veía mentalmente la realidad del desastre: caseríos aislados por las aguas, pueblos enteros inundados, animales y bestias de labor flotando ahogados arrastrados por el río, enseres domésticos y troncos de árboles flotando en el agua, baldomeras bailando una danza grotesca en los remolinos del río, ... y la... la mota del río emitiendo desde lo más profundo de sus telúricas entrañas un estertor de agonía y destrucción que los huertanos, conocedores, oían con temor.

### «COGITO ERGO SUM»

Escribió un famoso filósofo francés, ya pasado de moda y que traducido del latín significa: «*Porque pienso, existo*», y si existo puedo cambiar mi pensamiento, me decía insistentemente, intentado relajarme y dejar pasar estos pensamientos.

Pero mis pensamientos me llevaron a recordar mis tiempos de estudiante en la Universidad Central de Barcelona. Allí conocí el principio llamado: «*Mentalismo*», perteneciente a una escuela antiquísima dentro de la Filosofía del Antiguo Egipto. Decían entonces en Barcelona, los filósofos discípulos de los sabios herméticos egipcios que en el *Universo todo es mental* y la mente era el instrumento del espíritu a través del cual eran renovadas todas las cosas.

Mi mente y mi espíritu querían sacar a la luz una inquietud que yo, por todos los medios intentaba acallar.

El miedo a lo desconocido, no saber con qué te podías enfrentar, acrecentaba la inseguridad interior de aquel momento.

De repente, como si las aguas de mi interior se hubiesen desbordado y roto la mota de mis miedos e inseguridades, una energía desconocida para mí hasta entonces, me hizo saltar de la cama y como Moisés huertano con decisión salí de mi casa en busca de aquella otra riada en la «Huerta Este».

Y así fue como, tan solo media hora después de escuchar a las dos Marías y al anciano de blancos cabellos en la parada del autobús 33, con lo imprescindible, llegaba a la sede de Protección Civil de mi pueblo.

El círculo vicioso creado entre la fuerza de mi espíritu y las limitaciones e inseguridades que mi mente y mi cuerpo, me habían venido imponiendo, quedaron

rotas, como nudo gordiano, por la fuerte espada de mi espíritu

## II

Sonaba la sintonía de las noticias de la noche en los televisores de los vecinos en la calle frente al ayuntamiento en donde acababa de aparcar mi viejo Ford. Una intensa lluvia caía en aquellos momentos, que me hizo correr hasta el pórtico de entrada de la casa Consistorial.

Dirigiéndome decidido al cuartelillo de la policía local, me tropecé por el pasillo con un policía de edad, que muy amablemente me indicó que en el primer piso se celebraba en ese momento una reunión, en la sala de la Permanente, junto al despacho del Alcalde y que allí podría preguntar sobre la situación.

Subí las escaleras de mármol blanco de dos en dos, con tal impulso que me vine a tropezar de frente con una hornacina existente en la pared del rellano. En la penumbra que procedente de la planta baja, ascendía por los desgastados y mármoreos escalones, pude entrever que se trataba del santo benefactor de nuestro pueblo, el Beato Andrés. Ya en la planta superior, una oscuridad rota a veces por la débil penumbra que se colaba por entre los barrotes de la barandilla de la escalera hizo reaparecer los fantasmas de la duda, la inseguridad y el miedo. En la oscuridad, pude ver el letrero junto a la puerta existente frente a la escalera: «Sala de la Permanente». Terminé de leer el rótulo y justo cuando iba a alzar la mano para llamar, una luz cegadora me inundó por entero y durante unos instantes solo pude apreciar una oscura silueta entre el resplandor.

- «¿Qué deseaba?».

Escuché aturdido y todavía sin ver a la persona que se dirigía a mí, mientras ésta

cerraba la puerta tras de sí, que chirrió escandalosamente en el silencio del corredor.

-«*¡Quiero colaborar con la Protección Civil en la Huerta Este!*».

Poco a poco la leve penumbra del corredor fue haciéndose más diáfana y marcando los rasgos de la cara de mi interlocutor. Al que identifiqué como Concejal de la Seguridad Ciudadana.

- «*¡Ahora mismo estamos con cincuenta voluntarios en el último piso del Ayuntamiento. Esperamos instrucciones de la Central de Protección Civil en Murcia, aunque llevamos un buen rato incomunicados: Las líneas telefónicas están saturadas!*».

Se lamentó, el Concejal.

-«*¡Traigo coche, está aparcado ahí mismo!*».

Me atreví a insinuar.

El Concejal, sorprendido de mi disposición, (no me conocía), no dudó en pedirme que yo mismo fuera a la Central en Murcia. Encantado, acepté su ofrecimiento.

Tras despedirnos, todavía en el corredor, intentaba averiguar mi identidad, viendo sus inquietudes, antes de bajar la escalera, llegué a decirle:

- «*¡Yo Soy...!*». Pero con un gesto de su mano, me dio a entender que ya me había reconocido, o quizás de que no hacía falta conocerme. Con rapidez bajé los escalones de mármol, volviendo de nuevo a toparme con la hornacina del rellano. Terminé de bajar los escasos escalones de mármol hasta la planta baja y de allí, empapado llegué al coche justo en el momento en que en los televisores de los vecinos de la calle junto al Ayuntamiento sonaba la voz implacable de Medina y su anticiclón de las Azores.

«*Alea jacta est*» . . . .

## III

Ya en la Central de Protección Civil en la Delegación del Gobierno de la capital, me senté pacientemente a esperar ser recibido por el Jefe de la Protección. No veía gran movimiento en la Central. Al cabo de un tiempo, y cansado de esperar, aproveché que la puerta del despacho del Jefe había quedado entreabierta, para introducirme en su despacho, no sin sentirme «polizón no invitado».

Sentado frente a la mesa del Jefe, éste, nervioso y desbordado por los acontecimientos, parecía no haberse percatado de mi presencia.

- *«Se presenta el Capitán Legionario Paracaidista de Zapadores, en misión de socorro y salvamento en la zona del Cruce en la Huerta Este. Necesito de alguien que nos guíe hasta allí por caminos no inundados, con la máxima rapidez».*

Dijo con fuerza y decisión un militar con estrellas que sin llamar se coló por la puerta del Jefe de la Protección Civil en un abrir y cerrar de ojos. Mientras y sin levantar los ojos de los papeles de su mesa, el Jefe, parecía preocupado.

El Capitán daba la impresión de un joven serio, responsable y decidido. Después me confesaría que no era la primera vez que participaba en las riadas. Desde mi asiento me parecía un militar merecedor de respeto.

El capitán seguía de pie, frente al Jefe. A su vez éste no hacía más que mover sus ojos en todas direcciones sin saber bien donde posar su mirada. Pero en un momento se percató de mí, sentado en el sillón frente a él. La cara le cambió de color y un gran brillo apareció en sus ojos, al mismo tiempo que me decía:

- *«¡Oye, tú, tú, acércate un momento. ¿Conoces la zona de El Cruce? ¿Sabrías llevar al capitán hasta allí sin pasar por*

*la zona más baja de la huerta, que ahora mismo está toda inundada?»*

Con un gesto de asentimiento con la cabeza, le contesté al momento.

- *«Capitán, él irá con Vd. y sus hombres hasta el Cruce».*

Dijo el Jefe recuperando el semblante del todo y con una complaciente sonrisa. El Jefe me entregó un pocket de radio con el que, según me explicó, debía ponerme en contacto directamente con él. Tras lo cual, nos deseó suerte y se despidió de nosotros. Antes de abandonar y a toda prisa me permitió informarle del motivo de mi presencia en su despacho, tras lo cual y después de respirar profundamente, me dijo que no me preocupara, que inmediatamente él mismo llamaría de la protección civil de mi pueblo.

A sabiendas de que allí no había nada mejor que hacer, el capitán, sus acompañantes y yo salimos por la puerta principal de la Central de Protección Civil, en la Delegación del Gobierno. Mi mente y mi espíritu ya descansaban tranquilos, sabiendo que estábamos en el camino hacía la Huerta Este. Me sentía en el ojo del huracán, en donde siempre reina la más absoluta calma y de la que parten sus huracanados vientos.

**«SUM ERGO COGITO»  
«Soy, luego puedo pensar»**



Riada de 22 de abril de 1946.

Cruzamos la puerta principal de la Delegación del Gobierno y tras escuchar un sonoro taconazo del guardia civil, que de pie y a la entrada del jardín saludaba militarmente al capitán y sus hombres.

- «*Buenas noches*».

Contestamos a coro, mientras nos dirigiámos al camión militar aparcado en la esquina del edificio del Gobierno Civil. A una señal del Capitán todos los legionarios paracaidistas, que esperaban sentados en aceras y portales cercanos, subieron al camión. Diez soldados conté, un sargento y el capitán que conmigo hacíamos trece subidos a aquel gigante con tracción a los tres ejes.

El capitán me invitó a subir con él a la cabina. Yo debía guiarlos.

Eran las diez horas, veintidós minutos de una oscura y lluviosa noche de noviembre de aquel ya lejano año, cuando el camión militar, una bestia mecánica de más de 15 toneladas de peso y con tracción a sus tres ejes, lanzando un atronador rugido, vomitaba cual *mítico dragón volador*, una negra nube de humo y roja de fuego de sus potentes motores, que rebotando en las paredes de la Delegación, se introducía por la ventanilla del camión por la que en ese momento sacaba yo la cabeza. Echándome con rapidez hacia atrás, el capitán no podía aguantar soltar una sonora carcajada, al ver mi cara de susto.

**«Para llegar a donde no sabes, habrás de ir por donde no conoces»**

#### IV

Menos de tres horas hacía que me topara con el dilema del que ahora creía estar ya saliendo, aún a costa de las risas de un capitán legionario.

Menos de tres horas que escuchara a unas mujeres y a un anciano de blancos cabellos hablar, al estilo antiguo, de las desgracias ajenas.

Menos de tres horas que el ilustre Borges y sus recuerdos me hicieran vivir la posibilidad de proyectar nuestros pensamientos en el mundo de la real.

Menos de tres horas hacía desde que el recuerdo de mis tiempos en la Universidad de Barcelona, y las ideas que allí aprendí sobre el «mentalismo», me abrieran la puerta de esta realidad.

Menos de tres horas que una energía desconocida para mí, me hiciese ver una realidad no exenta de fantasía, pero reconocible, de tragedia, desesperanza y a veces esperpento.

### «INTEGRA NATURA RENOVATUR IGNEA» (I.N.R.I.)

**(La renovación de la materia  
por el fuego del espíritu)**

#### V

Y mientras escribía la última línea de esta breve narración de mis recuerdos, el mítico *dragón volador*, seguía y seguía imperturbable y seguro, sin detenerse, con fuerza y poderío hacia el Este, hacia la Huerta Este, hacia el Cruce y su Huerta, hacia el Edén y su Jardín y aún más allá del Este, del Este del Edén, donde el Libro Sagrado anunciaba que en un desconocido lugar de la Huerta, a la Orilla del Río, crecía el Árbol de la Vida.

- «¡*Adiós "Dragón Volador",  
adiós. Suerte en tu  
largo vagar!*».

## VI

Salimos por la carretera de levante en dirección a la Huerta Este. El escaso tráfico existente a aquellas horas, le permitió a nuestro joven soldado conductor apurar a fondo la maquinaria de aquel pesado monstruo. La tranquilidad del momento me hizo recordar las notas que días atrás repasara en mi fichero personal que sobre la historia de la huerta y sus riadas había venido elaborando en los últimos tiempos en el archivo del Ayuntamiento de mi pueblo junto con el Sr. Riquelme Manzanera, gran conocedor y estudioso del tema y con el que mantuve largas tertulias sobre variados aspectos de las riadas y de la historia en general de mi pueblo.

Recordé las destructoras riadas del 6 de septiembre de 1825 y la de 19 de junio de 1847 y en las que se perdieron totalmente los «esquilmos». Pero sin duda la del 15 de octubre de 1879 fue la más trágica en la historia de las inundaciones, al sincronizarse en el desbordamiento los ríos Segura y Sangonera, y que por ser éste el día de Santa Teresa, la riada sería conocida como la de la Santa de Ávila y que no sólo desbordó las aguas de los cauces de los dos ríos, sino también la solidaridad de Europa, que al unísono se volcó en ayuda de los huertanos. Fue ejemplar la colaboración de intelectuales, escritores insignes y artistas que colaboraron en despertar las conciencias en especial a través de la Revista editada por éstos y que llevó por título «París-Murcia».

Me vinieron a la mente los cuadros existentes en el Museo Etnológico de la Huerta de Murcia que trataban con gran plasticidad el tema. Especialmente era impactante el cuadro de J. Migó, 1884, de una familia en medio del paisaje desolado, después de la riada; o aquel otro dibujo de J. Comba, donde se observa la presencia

de S.M. el Rey D. Alfonso XII, en la visita que al efecto realizara a Alcantarilla, para animar y socorrer a los infelices y desgraciados habitantes de la huerta.



Pintura al óleo de J. Migó. 1884. Museo de la Huerta. Representa lo devastador de una inundación.

Especialmente impactantes eran algunas de las notas tomadas en las fichas de los documentos del archivo histórico de mi pueblo, y en los que aún se notaba la mano temblorosa de sus autores a causa de la terrible conmoción que en sus corazones producían las destructoras corrientes procedentes de los desbordamientos de agua arrasando, insaciables, todo cuanto encontraban a su paso por la huerta, pedanías y ciudad de Murcia.

Cuando llegamos al cruce de la carretera comarcal que nos conduciría hasta el Cruce de la Huerta Este junto al río, llovía aún con más intensidad. Recogido en mis pensamientos, seguían apareciendo en mi mente aquellos pobres huertanos, siempre prisioneros de la sequía pertinaz y de riadas de desconsuelo. En mi interior mantenía la esperanza de que al llegar al Cruce no tuviéramos que enfrentarnos a realidades tan crudas como aquellas que observara en fotos y dibujos en el archivo del Ayuntamiento de mi pueblo.

Llegamos por fin al Cruce, comprobando que el agua inundaba todo el pueblo y

una fuerte corriente rompía por la zona denominada «La vasca». Pero de momento no había víctimas humanas. Los nervios atenzaban mis articulaciones. Pese a ello, nos pusimos en movimiento. Más tarde, la acción sirvió de tranquilizante a nuestro inicial estado de ansiedad por descubrir el estado de la situación. Conecté el radiotransmisor y comuniqué con el Jefe de Protección y le informé de la situación. Durante toda la noche estuve en permanente contacto con él.

Los doce hombres del Equipo Militar de Salvamento cumplieron fiel y escrupulosamente con riesgo incluso de sus propias vidas. El equipo de caballeros legionarios paracaidistas me hicieron sentir orgulloso de aquellos jóvenes y sus mandos, que sin ser ninguno de la Huerta, cumplieron sobradamente con su cometido y, como alguno de ellos me llegó a comentar, no era el primer año que venían en misión semejante a nuestra huerta.

Contar todas las anécdotas y situacio-

nes que aquella noche aciaga se produjeron, necesitaría de una narración especial. Pero al amanecer pude detectar en mí un sentimiento de orgullo y satisfacción por haber podido ayudar humildemente a la consecución y consolar a los habitantes que asistimos en los lugares inundados.

Estos hechos constato que se olvidan con el tiempo. Seguro que será, hasta que vuelvan a producirse unas lluvias tan extremas como las padecidas en aquellos días. Pero los que vivimos esta experiencia, notamos que queda gravada en la memoria, día a día, mes a mes, y año tras año; convencido de que así será hasta el final de nuestra vida.

Pero no, sin antes, manifestar, con la frecuencia que nos sea permitido, que unas vivencias como las referidas, le hacen a uno, descubrir lo más sensible, lo más humano y solidario del ser; en definitiva, extensión de comprensión y amparo de quienes sufren y padecen en la tierra.